

hieres los favores de Dios, ruégote que te acuerdes desta tu sierva. Fueron de tanta fuerza las palabras desta valerosa mujer, que aplacaron el enojo de David; y fué tan acepta su plática en los ojos de Dios, que, castigando primero á Nabal, pues á él le dejó David la venganza (así como castigó á Absalon por haberle tambien dejado la suya y mandado que no tocasen á él), le hizo Dios á él mil mercedes y le dió muchas victorias, y le cumplió lo que Abigail le prometió; y á ella, librándola de tan mal marido, la dió á David y la hizo reina de Israel. Historia es que bastaba, sin otra razon, á acabar cualquier enemistad: lo uno, que en causa tan justa se ablandase con razones de una mujer, y mujer de la parte, que quiere decir el que en tiempo del enojo oigamos consejo de quien quieran, antes que nos determinemos; lo otro es ejemplo, de dejar al loco para loco, que tal es el que á otro dice injurias; lo otro, que es granjería para lo temporal, casa, hijos y hacienda, que para cualquier cosa destas que se pretenda es gran negociador con Dios un perdon de una injuria, y la habías de buscar cuando no la hubiese; lo otro, andar guardada la vida, no solo porque faltara quien la aceche, sino porque Dios la guardará, como una flor en ramillete, en sus manos; lo otro, que ahorrará del escrupulo de cuando te acordares que debes al prójimo la vida ó la honra, y que se la quitaste contra la voluntad de Dios, que es una cosa que en prosperidad y en adversidad suele dar gran garrote á la consciencia, y aunque mas suelen querer satisfacer con limosnas, con misas, nunca queda sosegada ni satisfecha la consciencia.

Pues si tanto daño hallamos en la dureza, y tantos bienes en el perdonar, ¿cómo no buscamos injurias que perdonemos? ¿Qué tiene que ver lo que perdiste con lo que agora pierdes? Y ¿qué tiene que ver lo que te parece que en vengarte ganas, con estos montones de soberanos bienes? No me digas que el corazon está bueno, y que por no turballe no quieres mas comunicacion; cata que pocas veces se halla eso sin pecado, porque cuando de tu corazon te satisficieras (que no hay que fiar donde hay pasion), pero el escándalo está en la mano. Ya sabes que san Pablo dice que, no solo de todo mal, sino de toda apariencia de mal, te has de guardar; pues mira cuán mal parece la novedad en el trato y conversacion al mismo contrario, á los que te conocian antes, á tu misma consciencia y al mismo Dios. Digo á tu consciencia porque, si bien lo consideras, ¿cómo estás presto

á dar tu hacienda cuando se ofrezca á tu contrario, y tu favor en sus necesidades, si una palabra y un buen rostro le niegas agora? Si te dice el confesor que no eres obligado, mira no le informases mal; que, aunque á él le engañes, Dios no se deja engañar, dice san Pablo; ni solo hagas lo que, so pena de infierno, estás obligado, sino lo que Dios te ruega y aconseja y por ejemplo te enseña. No pongas delante á David, que, aunque era manso y perdonó á su hijo, no consintió que le entrase á ver, porque era padre y rey, y si tenía encomendado el perdonar, tambien las costumbres y el gobierno de su hijo. Finalmente, ¿para qué te quieres meter entre mandamientos y consejos? Hazlo todo, y Dios te lo agradecerá todo. Y si con todo lo dicho te pareciere cosa áspera cuando lo piensas, no lo comiences á pensar desde la injuria y sus circunstancias que la pondrán. Comienza por estas razones, y por lo que debes á Dios, y por lo poco que él te debe, y cuán mal pagas en detenerte, pensando si te conviene hacer lo que él te manda, rogando y amenazando. Haz como el que toma un plato caliente que ha estado al fuego, no le tomes por lo que está á la parte del fuego, que te quemarás; tómale por lo frio, y no le soltarás luego. La aspereza de la injuria sea lo postrero, y no quemará ya cuando llegue. No te mandan comer el cardo como está en la huerta, móndale y quítale las espinas, y te sabrá bien. No te mandan amar la condicion áspera y espinosa de tu enemigo, sino, como hace Dios, apartar con la consideracion sus malas mañas y amar la persona, que, no solo será fácil, sino sabroso. Y si aun así no puedes, por el mucho amor que te tienes, pon los ojos en Dios, que es el que te ha de premiar, y no mires al mundo. Cuando pasas un río, si no tienes costumbre ó buena cabeza, caerás en el agua; necesario es poner los ojos en cosa firme de la otra parte y alzarlos del agua que corre. Todas las cosas deste mundo corren y pasan mas ligeras que agua, las leyes y pareceres de los mundanos desvanecen las cabezas con su liviandad y inconstancia; si las miras te perderás. Pon los ojos en cosa firme de la otra parte, que acá no la hay; mira á Dios, que te crió y redimió y te espera, mira aquella vida firme y segura de la bienaventuranza, y la honra que es ser perpetuamente hijo de Dios, y no padecerás los vaguidos que los vengativos padecen; antes pasarás seguro y alegre y libre por estos bienes del mundo á gozar de los que no tienen fin ni mudanza en la gloria.

LIBRO OCTAVO.

DE LOS CONSUELOS PARTICULARES PARA PARTICULARES TRABAJOS.

PRÓLOGO.

De las medecinas se sabe que, mientras son mas generales para muchas enfermedades, menos fuerza tienen para curar cada una dellas en particular, si son nacidas de diversas causas; porque para repartir tanto su virtud es necesario que vaya muy mezclada, y así

menos fuerte; y por esto se dice entre los filósofos tambien del sentido que, distraido y repartido á muchas cosas, es menor cerca de cada una dellas. Esto vemos tambien en la doctrina, que, mientras mas general es, menos fruto hace en los oyentes, y mucho menos cuando un vicio se reprehende con razones generales, como si un mozo deshonesto y jugador le quisiésemos corre-

gir, diciendo cuán malo es el vicio y el pecado, hablando en comun. Lo mismo acaece en los consuelos y remedios de los trabajos, que, aunque todos los que en este libro se contienen son bien eficaces, pero mucho mas lo suelen ser los apropiados á cada uno de ellos, porque, no solo hablan del trabajo en comun, pero derriban las circunstancias dél en particular y persuaden al afligido mas de cerca. Pues este es el argumento deste último libro desta obra, hallar algunos consuelos particulares para particulares afliciones y trabajos, los cuales sobreviniendo á los que del discurso deste libro se pudieren haber cogido, con mas violencia amansen el rigor de cualquier trabajo. No podrán ponerse todas las adversidades en particular, porque son tantas y tan varias, que para solo nombrallas era necesario un libro entero por sí; pondránse las mas ordinarias y graves y que suelen causar en los afligidos mas melancolía, y en número que no exceda á la traza y medida de los demás libros; y si alguno dellos no fuere tan ordinario, tratarse ha brevemente, porque no nos ocupe lugar en libro que desde el principio va para todos encaminado, y procederáse con razones, porque para gente afligida suelen ser de mas fuerza que autoridades.

DISCURSO PRIMERO.

Del consuelo en la muerte de padres, marido, mujer ó hijos.

Desde que Dios en el mundo apartó pueblo particular á quien favorecer con particulares mercedes y favores, tuvo siempre cuidado de apartarle de las costumbres de la gentilidad, que era el resto del mundo; porque, como los gentiles no conocian Dios verdadero, y tenian al mismo demonio por Dios debajo de nombres y figuras de hombres viciosos, no podian tener costumbres sino al talle de quien los gobernaba, las cuales no queria Dios que aprendiese ni siguiese su pueblo, y por eso se lo encargaba siempre con cuidado; así lo hizo por Josué al tiempo que quiso morir, que juntado al pueblo, les acordó cuánto habia hecho Dios por ellos, destruyendo los gentiles y dándoles á ellos sus tierras, y que lo mismo haria de los que quedaban; pero que advirtiesen, cuando entrasen en sus tierras, no jurasen como ellos en el nombre de sus dioses, ni los adorasen, ni casasen con sus hijas, porque de aquí es fácil tomar sus costumbres; y si no, que Dios trocaria su mano y no destruiria ya mas de los gentiles, antes le serian á ellos para tropezon, lazo y sepultura. Tobías el mozo dice tambien á su esposa la noche de sus bodas, hallándola acostada: Ea, Sara, alto, á rezar; estos primeros tres dias han de ser para Dios, y no para nuestros contentos; después queda tiempo para los frutos del matrimonio; porque somos hijos de santos siervos de Dios, y no nos es lícito vivir ni casarnos á fuer de gentiles, que no conocen á Dios. Pero después que el hijo de Dios vino al mundo, con mas cuidado se nos dió esta doctrina; el mismo Señor se la dió á sus discípulos mil veces. No habeis de ser los perlados y príncipes de mi Iglesia como los que mandan entre gentiles, que se enseñorean y se engrien; los menores habeis de ser. Y otra vez dice: Cuando orais no sea con muchas palabras, como los gen-

tiles, que, como no tienen esperanza de las mercedes de sus dioses, son importunos, porque piensan que por ahí han de ser oídos; otra vez: No os congojeis pensando en vuestro comer y vestir, porque estas cosas los gentiles las buscan. Y así otras muchas veces. Y esta doctrina que san Pablo aprendió, la enseña él á los corintios: Sepa cada uno poseer su compañía para santificación, y no para pasion, de sus deseos, como los gentiles, que no conocen á Dios. Y en otras epístolas dice lo mismo á los efesios y colosenses; pero donde mas de propósito lo toma es á los corintios en la epístola segunda: No queráis juntaros con los infieles, porque ¿qué tiene que ver Cristo con el demonio, ó qué compañía puede haber entre el fiel y el infiel? ¿Cómo dirá bien el templo de Dios con los ídolos? Y vosotros sois templo de Dios vivo, como la Escritura dice por Esaías, y que por eso ha de morar en vosotros y ha de ser vuestro Dios, y por eso salid de entre ellos, dice el Señor, y no toqueis á cosa sucia, y yo seré vuestro padre y vosotros mis hijos, dice el Señor todopoderoso. Deste lugar de Esaías saca tambien san Pablo esta doctrina; pero mas á nuestro propósito deste discurso habla con los de Tesalónica, diciendo: No quiero, hermanas, consentir que tengáis ignorancia de los que duermen, esto es, de los muertos, porque no os desconsoléis como los gentiles, que no tienen esperanza de la otra vida; porque si Cristo murió y resucitó, etc.

Entra san Pablo desde las primeras palabras consolando á los cristianos de la muerte de los suyos, y dice: No quiero que tengáis ignorancia de los que duermen. Ya en esto dice que no son muertos, sino duermen; y luego dice que Cristo, como cabeza, resucitó, y que así lo harán sus miembros, y subirán con su cabeza al reino de los cielos; de manera que no pierdes al padre, hijo ó hermano cuando muere; solo va delante donde después le halles y goces sin temor de perdelle para siempre; así lo dice san Agustín y san Gregorio Niseno, que volvió Dios á Job doblado lo que le habia quitado, y los hijos no; pero el contento le volvió doblado en tenellos ya en estado seguro. De manera que da san Pablo á entender que desconsolarse mucho por su amigo muerto es de gente que no tiene esperanza de la otra vida, y aun san Crisóstomo, hablando desta materia, viene á decir que los que así lloran sus muertos, hacen injuria y calumnia á los méritos de Cristo, que venció la muerte, y aun Ciceron alcanzó esta verdad, que no los perdemos sino por poco tiempo.

Esta razon tendrá alguno por muy flaca para no sentir su pérdida, y dirá: Señor, yo no lloro porque piense que mi defunto no ha de resucitar, que si creo que todos resucitarémos, y espero verme con él; no lloro sino mi pérdida, mi compañía, el gobierno de mi casa ó la crianza de mis hijos, la defensa de mi persona, mi honra, mi hacienda, que en viéndome sola todos se atreven á hacerme agravio. Replica san Juan Crisóstomo que no es esa la razon, porque si lo fuera, siempre habia de durar, pues que siempre dura la falta del que no vuelve á la vida, y vemos que no dura siempre, porque vemos que antes que el año se acabe se acaba el desconsuelo y aun la memoria, y no esta causa, pues siempre se queda muerto. Pues no hablemos con

estas semejantes, pues no quieren ni consenten que la razón ni Dios ni su Evangelio acaben con ellas lo que poco después ha de acabar el tiempo, y menos hablemos de las que por cumplir con el mundo no salen en mucho tiempo de sus casas, haciendo locos extremos por sus defuntos; que estas tales tienen infamada la ley del Evangelio delante de los gentiles y otros infieles, y estos son los que ó de corazón ó cuanto á lo defuera calumnian los méritos de Jesucristo, como dice San Juan Crisóstomo.

Hablemos solamente de los que de veras sienten esta falta y soledad de sus padres, hijos ó deudos, y que no es por no creer su resurrección. Estos han de mirar, y aun los que no los han perdido: lo primero, que Dios á ninguno hace ni puede hacer agravio; la vida y muerte es suya; y como Ciceron dice: La naturaleza nos dió la vida prestada sin plazo cierto, y puede cuando quisiere pedirla. Lo segundo, que es Dios celoso y quiere todo el corazón, y conviene tener á todo lo que no es Dios, amor templado y encaminado al mismo Dios, porque cuando no, hace lo que el hombre celoso, que quita de en medio al que estorba, ó impide su amor cuando por él se deja ó se olvida el suyo; y por eso dice san Juan Crisóstomo que habia antiguamente muchas viudeces y orfandades, porque se querian los hombres tanto, que olvidaban fácilmente á Dios, y Dios los apartaba. Y por esta razón dice que vivió Abraham muchos años, porque aun viviendo el hijo, queria mas á Dios que á él, y cuando le decia mátales le mataba; y Sara tambien vivió tantos años, porque aun viviendo Abraham queria ella mas á Dios que á él; y así, le mandaba Dios á él que la oyese. De manera que Dios era en aquella casa primero que el amor del marido y que el de la mujer y del hijo. Y porque agora se aman maridos, mujeres y hijos tan desatinadamente y tan sin Dios, que mil veces se echa Dios por ellos á las espaldas, por eso se lleva á quien es la causa de su olvido; que si los hombres quisiesen mas á Dios que á los hijos, ó él no los llevaria ó no lo sentirian ellos; como cuando una mujer tiene un marido mozo, rico, sabio y poderoso, y que á ella ama tiernamente, no sentiria mucho la muerte de un hijuelo que dél tuviese, porque el amor grande del marido vence todo el desconsuelo y soledad del hijo; y á este propósito dijo Helcana á Ana: ¿Por qué lloras? ¿No te valgo yo mas que diez hijos? Pues así seria de lo que se te muriese, si amases mas á Dios que á todos, pues él te vale mas que diez maridos, hijos, deudos y amigos. Y por esta razón dice san Juan Crisóstomo que no sintió el santo Job la muerte tan desastrada de siete hijos, porque amaba á Dios mas que á ellos. Pues de aquí entenderás cuán desatinado eres, que quitándote Dios el hijo ó marido por que, dejándote vivo, no le ames tanto que olvides por él á Dios, tú estás tan ciego, que le dejas por él, siendo muerto. Cosa es la que Dios hace que solemos hacer en nuestras huertas, que, con ser los renuevos ó pimpollos lo mas verde y tierno y hermoso del árbol, los quitamos sin duelo ninguno, no porque nos parezcan mal, antes aseamos los aposentos y los altares con ellos, sino porque la virtud que el árbol toma de la tierra no se emplee y embarace en ellos, olvidando la copa alta, sino que suba hasta ella

que es lo que se pretende, aunque ellos se arranquen y se corten malogrados, porque por guardarlos á ellos no se haga falta adonde está lo principal. San Agustín dice: Muchas veces se ofende Dios porque un amigo no se ofenda, y por eso acaece muchas veces por divina dispensación que los amigos que amamos segun la carne nos sean quitados de delante, porque nuestros deseos y afición pasen y se extiendan mas libremente á Dios y mas por entero. Lo cual consideraba una noble mujer de quien cuenta san Jerónimo, escribiendo á Paula, y lo afirma con juramento, diciendo: Una cosa quiero decir increible, pero verdadera. Testigo Jesucristo, dice, que esta santa matrona, llamada Milania, el día que su marido murió, antes que le enterrasen se le murieron dos hijos, y dice san Jerónimo: ¿Quién pensara en semejante trance que esta mujer no mesara sus cabellos, rompiera sus vestiduras y abriera con suspiros sus pechos con ocañon de tanto dolor? Pues no derramó una sola lágrima, sino en pié estuvo sin moverse, y al cabo, echándose á los piés de Jesucristo, como que le queria tener, y con buen semblante, dijo: Ya os entiendo, Señor, todo el corazón quereis; agora os serviré libremente, pues me habeis quitado la carga. Pues tú, segun esto, vuelve los lágrimas en gozo y tente por dichoso y favorecido de tu Dios, que te ama tan de veras y te allana el camino para que le ames con todo el corazón, como él quiere ser amado.

§. II.

Del consuelo de lo mismo mas en particular.

Dirásme que no era tu amor tan desmesurado, que hiciese perder ni aliojar el de Dios, sino que perdiste la mujer, que era tu regalo y descanso y sin ofensa de Dios. A esto te respondo que en perdella perdiste los grillos y ganaste libertad. Si dices que era buena, todos lo dicen de las tuyas, aunque sientan lo contrario. Pero no reparemos en eso, sino séalo; otras habrá tales. Si tú la heciste buena, otras podrás hacer; si la hallaste buena, otras hallarás, aunque mas se hallan malas que parezcan á la mala que buenas á la buena; y por eso es buen consejo quedar sin ninguna y poca desgracia vivir sin ella. Ciceron repudió la suya, y á los amigos que le decian que la tornase, dijo que mal podia él cumplir con casamiento y con sabiduría. San Pablo lo dice mas claro: La mujer doncella y por casar no tiene que pensar en servir á su marido, y emplease toda en pensar las cosas de Dios; la casada al revés, y tiene repartido el corazón. No estorbo yo, dice el Apóstol, que se casen los hombres, que mejor es casarse que abrasarse; pero los que se casaren, con su pan se lo coman, que no llorarán duelos ajenos. Pero si la tuya era buena, ¿cómo sabes que seria constante para perseverar en su bondad? La compañía dulce de la cama queda suplida con el descanso, que hasta que ella saliera andaba desterrado. Y si quieries entender la verdad ó decilla, aunque el refran dice que quien no tiene mujer siempre la está matando, yo no hallo que esto ninguno diga mejor que quien ha probado esta carga. En conclusion, hallaste, mediante esta muerte que lloras, libertad, vida, soltura, paz, sueño, holganza, ser señor de tus cosas sin contradición. Puedes salir de casa antes del día y vol-

ver de noche, estar solo ó con quien quisieries toda la noche y el día, sin haber quien te pida cuenta; y cuando ella fuese muy buena, todavia es bobería llorar por grillos, aunque sean de oro. Si el defunto fue tu padre, ¿por qué lloras por perder una perpetua queja? Aquel mando enfadoso y sin remedio; si era bueno, sólo tú con él, y sólo con mas cuidado, y tenle de los otros, pues no hay ya quien le tenga de tí; si te desamparó, ese es el orden mas comun de naturaleza, que lo que primero vino vaya primero, y él no te dejó, sino fuese un poco, y bien poco delante.

Si era marido el defunto, yo tengo por muy dificultoso consolar la viuda deste tiempo, que aun los viudos, demás de alcanzar mejor entendimiento, antes comunmente acaban ó pierden prisiones que descanso y regalo; pero cuando yo me paro á considerar la locura de las casadas, mayormente donde hay corte ó concurso de gente y en pueblos ricos y viciosos, no sé por dónde comience á consolar á quien perdió tan grande y tan continuo vicio y regalo como todos los días del mundo buscan las mujeres, de galas, comidas, coches, visitas, conversaciones, estaciones, fiestas, paseos, trages, dueñas, escuderos, etc. De lo cual espantado, y hablando con algunos de los maridos, saco lo que ahora dellos decia, cuando vienen á enviudar, que no es posible, por mucho que pierdan en la mujer, sino que es mas el cuidado, gasto y trabajo de que ahorran; y por otra parte, tengo por veheméntísimo y casi incurable el dolor y desconsuelo de las tales, que si ellas vivieran cristiana y moderadamente y con honesta pasada, y el amor del marido que ahora publican con sus extremos, le mostraran en dolerse de sus fatigas y cuidado de suplir sus antojos dellas, notificados delante de otras livianas y con tan poco caudal y menos necesidad, ni la locura que ahora echan menos hubiera sido tanta, y la modestia fuera mas, con que ahora sintieran su falta. Así que, por esta razón no me atrevo á poner aquí consuelo que me parezca bastante ó conviniente; pero pondré el que el bienaventurado san Juan Crisóstomo les da en la exposicion de la epístola de san Pablo á los de Tesalónica; que á mi parecer en solo caso que ellos abran los ojos y procuren el amor de Dios consistirá su consuelo, si se olvidan y arrepienten de la loca vida, que solamente echan menos con las tocas largas cuando en las demás las ven durar. Dice pues el santo: ¿Qué dices, mujer? ¿Por qué lloras? ¿Porque tu marido era tu tutor y tu padre? Y veamos, ¿Dios no tendrá cuidado de tí? ¿Quién te dió á ese que lloras sino él? ¿Quién te hizo sino sus manos? Y ¿quién curó, sino él, de tí antes que fueses? ¿Quién te inspiró el alma que tienes? ¿Quién te dió ese entendimiento? ¿Quién te hizo que le conocieses, y te dió su propio Hijo para tu remedio? ¿Este tal no se apiadará y cuidará de tí, y un hombre sí? ¿Qué debes que parezca á lo menos desto á tu marido? Y si le debes algo, primero se lo mereciste. Pero de Dios no podrás decir esto, que no le has servido ni merecido, porque te haga tanto bien; antes, sin necesidad de nadie, de sola su bondad y largueza, llueve siempre beneficios y mercedes sobre los hombres; él te ha prometido su reino, una vida que nunca se acabe, gloria, paz y hermandad; él te prohibió y te hizo heredera con

su eterno Hijo; y con todo esto, tú todavia tu marido. ¿Qué te dió como esto tu marido? Él te da este sol, llueve cuando lo has menester; él te envia cada año trigo, vino y aceite y todo tu sustento. ¡Ay de nosotros con tal ingratitud! El te quita el marido porque no le busques mas, y tú, después de muerto, no te despegas de él y dejas á Dios, á quien habias de buscar y dar infinitas gracias, pues de su mano has recebido tanto, y del marido nada. Si no, dime, ¿qué recibiste dél? dolores al parir, trabajos, injurias, baldones mil veces y reprehensiones y quejas: dime tú si son estas ó no las cosas que del marido se reciben. Dirásme: Hay otras cosas de contento. Y ¿qué son esas? Que te engalanó? Que te cubrió de telas de oro y brocados? Que te dejó salir á público para que te viesen? Pues mejor te ataviará Dios y con mas galas después dél muerto, que mas galana y hermosa hace la castidad que el oro. Otras galas tiene este Rey celestial, no digo tales, sino mucho mejores, que podrás vestir si quieries. Y ¿qué son esas? Una ropa con cintas de oro, si te contenta, desde luego la puedes vestir. Cuando eras casada mandabas mucha casa (si la mandabas digo), ahora, en lugar de criados, serás señora de los coros de los ángeles y de los demonios y de su príncipe. Pues ¿por qué no dices lo malo que te pasó con él? Si te desprecio con soberbia, si algun pariente suyo te puso tacha, ya estás libre de todo eso. Pero debes tener congoja de tus hijos, quién los criará. ¿Quién? El Padre de los huérfanos, porque él te los dió y él dijo á sus discípulos: ¿El alma no es mas que la comida, y el cuerpo mas que los vestidos? Pero dirásme: Ah, Señor, que los hijos sin padre no se crien en tanta virtud ni en tanta honra. ¿Por qué? Tienen á Dios por padre, ¿y no se criarán ricos y honrados y virtuosos? ¿Cuántos te podria yo contar que se criaron sin padre, ilustrísimos y celeberrimos, y cuántos criados con padre, que se perdieron! Si los criases desde niños como debes, muy mejor ventura tendrán que criados de su padre; que este oficio de criar los hijos, oficio es de las viudas y á su cargo está. San Pablo lo dice, contando las calidades de la buena viuda si crió sus hijos. Y en otra parte: Salvarse ha la mujer con criar sus hijos (no dice por el marido), si perseverare en la fe, caridad y santidad con castidad. Ninguna crianza dél padre les valdrá tanto como plantar en ellos desde niños el temor de Dios: este será el muro inexpugnable que les defenderá, que cuando la guarda está dentro, poca necesidad hay de municiones, y cuando falta esta, de ninguna cosa sirve lo demás. Estas son palabras de san Juan Crisóstomo, con otras muchas que hasta el fin de la homilía va añadiendo; las cuales, no solo tienen virtud y fuerza para consolar y aun mudar la vida, pero á muchas personas la han mudado con estas ó otras semejantes, y con el pensamiento dellas han acabado en gran servicio de Dios, y dejado ilustre fama entre los hombres.

§. III.

Del consuelo en la muerte del hijo.

Si era tu hijo el defunto, no me quiero espantar que tu dolor sea grande, pues el dolor se mide por el amor; y este no le hay que se compare con el que una madre

tiene á su hijo, y así es el dolor de perdelle. David no pudo encarecer el amor que á Jonatás tenía, sino diciendo, cuando supo que era muerto: Duéleme tu muerte, Jonatás, porque así como la madre ama un solo hijo que tiene, así te amaba yo, y de aquí es la grandeza de mi dolor. Suele decir un amigo á otro que matara por él un hijo, y es la última ponderacion de su amor, y mas que la vida propia, como David, que deseaba morir porque Absalon viviera, por ser su hijo, aunque malo y revoltoso; y para dar Dios á conocer la perfeccion de Abraham, le probó en eso, que matase á su hijo. Pero con todo eso, no te mates, que no le perdiste, y tras dél irás; antes vas muy apriesa, que esta vida no es otra cosa sino un caminar presuroso que va á dar á la muerte. Así que, no hay que fatigarte, pues hallarás presto lo que perdiste. David estaba con harto dolor antes que el hijo espirase, y en muriendo, en el mismo punto le perdió con estas consideraciones y con que no habia de servir el desconsuelo para volvelle. Nunca te mates porque murió, sino si murió mal; en lo cual muy mucha ventaja nos han hecho muchos gentiles, que en este caso, por nacer nuestro consuelo de la vida que esperamos, nos habia de ser muy vergonzosa, por poca que fuese. Aquel gran filósofo Jenofonte (que todos llaman segundo después de Platon, en la disciplina y escuela de Sócrates) estando sacrificando le vino nueva que de dos hijos, el mayor, llamado Grillo, habia muerto en la guerra; y no por eso dejó el sacrificio, solamente se quitó la corona de la cabeza, y preguntando cómo habia muerto, y respondido que peleando animosamente, se tornó á poner la corona, protestando y jurando por los dioses á quien sacrificaba que tenia mas contento de la virtud del hijo que pena de su muerte. Otro fuera que arrojara la corona y el sacrificio y desbaratara los altares, y con lágrimas derramara los encensos, y aun no se tuviera por exceso en tal ocasion; pero este estuvo en su religion entero, en la prudencia firme, juzgando ser cosa mas triste dejarse vencer del dolor que padecer aquel trabajo. Las mujeres cuando les traian los hijos muertos de la batalla, segun cuenta Eliano, les miraban las heridas que traian de cerca y léjos, y de las que vian haber recibido peleando se gozaban, como agora en los desposorios de los suyos; y cuando las habian recibido huyendo, los dejaban y llorando huian, dejándolos para ser enterrados en las comunes sepulturas, ó secretamente los llevaban á enterrar en sus propias casas. Y de una cuenta Petrarca que, oyendo que su hijo era muerto en la guerra, en lugar de llorar, dijo con buen semblante: Ya sabia yo que le habia engendrado mortal, y para eso le parí, para que no temiese morir por su patria. Y de otra, llamada Lacena, cuenta Plutarco que dijo, sabiendo que su hijo habia muerto valerosamente en la guerra:

*Plorentur timidi, mi infelix humabere nate
Et matre hac vere, dignus est et patrio.*

Sean llorados los cobardes, mas tú, hijo mio, serás sin lágrimas sepultado, digno desta patria y desta madre.

Otra dijo al hijo vivo, que le decia que su hermano quedaba muerto, que ¿por qué no tenia vergüenza de venirse sin haberte sido compañero en tan buena muerte? Otras muchas mujeres de aquella gentilidad hubo

deste buen ánimo; y pues ellas le tuvieron tan bueno, poca necesidad tenemos de traer ejemplos de hombres.

Fuera de lo dicho, se pierden con el hijo en su muerte muchos miedos y congojas de su vida y alma, que con sola su muerte ó con la tuya se podian perder; porque, segun los filósofos decian, sola la muerte puede al padre hacer seguro; si él era bueno, huélgate de haberle tenido; si malo, de haberle perdido: uno y otro es beneficio del cielo, que tal te le dió ó tal te le quitó; si le habías de llorar cuando murió, llorárasle cuando nació, que desde entonces comenzó á morir, aunque agora acabó. Bien entiendo que es dulce cosa el buen hijo, pero gasta mucho del tiempo, quita del sueño; agora estarás para tí mas desocupado; vivias para él, vive agora para tí; no le invidies la buena suerte, que muchas veces lleva Dios al mozo porque no se haga malo, y si es malo, porque no lo sea mas; que tiene Dios larga vista. En este sentido entiende un doctor devoto aquel verso del salmo: Antes que entendiesen vuestras espinas el ramito. Es una yerba el ramito espinosa, que cuando crece endurece las espinas como agujas. Y por eso dice David que lleva Dios á algunos tiernos y verdes, antes que se endurezcan y agucen para hacer mal; por eso los lleva en agraz. Como cuando uno tiene la viña junto á lo poblado y sin cerca bastante, coge todo el esquileo en agraz, porque si aguarda, no se le hurten maduro; así hace Dios cuando lleva los mozos en agraz, porque la malicia no se los arrebatte y les mude los sentidos, como la *Sabiduria* dice. Y esta buena suerte, no es razon que por el propio gusto y contento se desee quitar; antes agradecella á Dios, que sabe lo que de los hijos ha de ser antes que lo sea.

§. IV.

En que se mitiga el rigor de los pasados cerca de las lágrimas y desconsuelo.

Pero, porque no es bien cerrar del todo la puerta al sentimiento, pues todos los extremos son viciosos, lo primero tiene lo dicho justa excepcion en el sentimiento que se hace por la muerte de los buenos, por la falta que en el mundo, en la Iglesia y en otra cualquier comunidad hace su vida, así para el ejemplo della como para aplacar á Dios por los pecados de los malos. Esta es la batalla que entre dos ángeles buenos cuenta Daniel que hubo, queriendo el uno que el pueblo que á su cargo estaba, que era el de los hebreos, saliese de entre los persas, porque no les pegasen sus malas costumbres; el otro que no saliesen, por el bien que los persas (que él tenía á cargo) recibian de su compañía. Así habiamos de sentir el salir de la nuestra los siervos y amigos de Dios, por los grandes bienes que por ellos hace á sus comunidades y al mundo; así lloraba el rey Josías á Eliseo, profeta, diciendo: Padre mio, padre mio, carro de Israel y su guia, etc. Muchos castigos deja Dios de enviar al mundo por los buenos que en él tiene; y el de Sodoma dejara si hallara diez buenos en ella, y el del pueblo dejó por intercesion y oraciones de Moisés, del cual dice la Escritura que los desbaratara y destruyera si su amigo Moisés no se pusiera en la division ó abertura de la muralla; que la divina Escritura nos pinta la ley de

Dios como una muralla que de la ira de Dios nos guarda cuando está toda en pié, y á Dios al derredor, buscando si por alguna parte está quebrada; y que suele entrar por allí á destruir los pecadores. Dice agora que en la rotura de la muralla, cuando levantaron y adoraron el becerro, los destruyera Dios si no se pusiera su amigo Moisés á defendella con oraciones y lágrimas, que cuando son de tal amigo como Moisés, suelen atar las manos á Dios, y así defender á los pecadores, como allí se dice y se hizo. De manera, que falta de tan buenos padrinos para aplacar á Dios justo es que se sienta y llore, como lo hizo aun aquel mal hombre de Faraon, que, haciéndosele de mal la partida del pueblo, dijo á Moisés al tiempo della que le dejasen echada su bendicion. Pues cuando muere un bueno en una casa ó ciudad, que sabemos ó presumimos que lo es, no solo no se condena por malo llorar su muerte, mas es muy loable y provechoso por esta razon y fin, el cual pocas veces vemos que se tiene en semejantes muertes; porque en esto, como en lo demás, cada uno busca su interese, como el Apóstol dice, y poco se cura de las cosas de los prójimos y comunidad, mayormente de las espirituales. Y esto lloraba (digo el poco sentimiento) el profeta Esaías cuando decia: El justo muere, y no hay quien se pare á pensar en su muerte; y los varones misericordiosos son recogidos al cielo y van faltando del mundo, y no hay quien lo entienda ni considere, siendo así que por la malicia del mundo son sacados dél; aunque por lo que á ellos toca nos habiamos antes de holgar, pues por el inestimable bien que agora gozan trocaron trabajos, peligros, persecuciones, melancolías, soledad de su Dios, ver pecados y ofensas con tanto dolor, y otras pesadumbres; que con sola la muerte pudieron acabarse.

Si el defunto era malo, antes se habia de haber llorado su vida, y cesar las lágrimas cuando ella cesa; porque ni para sí ni para el mundo era sino pestilencia, por su mal ejemplo y el enojar á Dios, y allegar para sí mas penas y condenacion, como san Pablo dice á los romanos, que el corazon que en lugar de la penitencia (que Dios por mil caminos en él pretende) saca dureza, atesora para sí ira y rigor en el dia de la ira; y por eso son las lágrimas bien empleadas mientras le dura la vida, pues ella es una continua muerte, que ha de partir otra perpetua en el infierno; sobre lo cual dice san Agustín, quejándose, que no nos compadezcamos del peccador: Si eres cristiano, parezca en tí entrañas de compasion, que, pues lloras el cuerpo de donde salió el alma, llora el alma que queda sin Dios. Pero de la muerte del cuerpo, por lo que al mundo toca y por lo que á su alma, te huelga; pues mediante ella usa Dios con él de misericordia, acortando sus pecados y penas con la muerte, con la cual lo uno y lo otro se corta y acaba. Como no hace poca amistad el que, viendo perder mucho á su amigo que está jugando, porque no pierda mas apaga disimuladamente la vela, fingiendo que va á des-pavilarla. Eso hace Dios cuando apaga la luz de la vida, porque el malo no venga á deber mas infierno; y aunque á veces mata á unos porque escarmienten otros (como parece en los catorec que súbitamente mató la torre de Siloe, y en los galileos que hizo matar Pilato, mezclando la sangre con la de los animales que sacri-

ficaban, como lo significó el Señor claramente á los que le estaban contando el caso), pero bien sabe los que mata y los que deja, que mas condenacion les espera á los que no escarmentaren, y los muertos quizá no habian de escarmentar.

Pero lo que toca á la soledad ó daño que por su muerte se nos recrece, no se quita la natural inclinacion y amor que siente la falta de nuestros padres, hermanos, deudos y amigos; pero ella en todas las cosas se contenta con una medianía, y así se le concede y aun se le alaba esta en este caso, y así fué Moises llorando treinta dias y Jacob setenta. Y esta licencia da el Sabio en el *Eclesiástico*, diciendo: Lloro tu muerto, pero sea poco, porque descansa ya; como quien dice: No llores tanto que parezca que te duele su descanso. Pero la pestilencial vida del hombre malo es mas de llorar que su muerte. De manera que dice el Sabio que la tasa sea, que el llanto de la muerte del bueno sean siete dias; no quiere decir que sean tasados, de manera que no lleguen á ocho, que si la discrecion los hace seis, que hayan sido pocos, sino que poco basta con buena consideracion; pero el llanto (dice) del loco y del malo todos los dias de su vida, que todos son de llorar, por ser una perpetua muerte del pecado, y un perpetuo atesorar de penas infernales. De manera que todas las cosas quieren prudencia, que ni te quitan el natural sentimiento de la falta de tus amigos, ni hay quien te disculpe el demasiado, antes los mismos gentiles le condenan; pues Plutarco dice que tenian los licaonios una ley que ninguno pudiese llorar infortunios de otro, sino fuese en hábitos de mujer; dando á entender que sola la flaqueza en una mujer puede ser desculpa de las lágrimas en semejantes ocasiones; cuanto mas agora que tan enseñados estamos á medirlas y moderarlas con las esperanzas de nuestra resurreccion y otros misterios de nuestra fe, y por eso tambien David no lloró á su niño después de muerto, porque habia muerto en la inocencia. Así ha de ser el que no quisiere ser notado de flaqueza mujeril; y la mujer que con la buena y continua consideracion suple la de su sexo, templar con su discrecion sus lágrimas y sentimiento, y cuando fuere tal la ocasion cual á quien le toca sabe mejor que nadie; procure reprimir la pasion y acabar luego consigo, mediante la prudencia y cristiandad, lo que el tiempo sin duda poco después ha de acabar, como lo vemos por experiencia; en lo cual, como san Juan Crisóstomo dice (cuyo es el consejo y la razon), ganará dos cosas. La una, salir luego de tanta afliccion y desconsuelo; la otra ganar el mérito de salir dél, con fin de agradar á Dios, y no dejándolo al tiempo que venga á caballo por sus cabales; las cuales dos cosas perderá por no tomar este consejo, cuanto mas que es gran cordura no matarse por lo que no ha de aprovechar, derramar lágrimas ni desconsuelo, pues nadie volvió por ellas á esta vida, por mas llorado que fuese; y tras no haber provecho en el muerto, hay gran daño en el vivo, que hace el sentimiento, no solo en la pérdida de lo espiritual, sino en la salud y fuerzas temporales. Todo lo dice junto el Sabio: Hijo, no entregues tu corazon á la tristeza, antes la arroja de tí, acordándote y nunca olvidando los remates desta vida; porque ni hay volver los muertos por

las lágrimas, ni servirán al mismo las tuyas, y sobre esto á tí mismo te dañan y empeoran.

DISCURSO II.

Del consuelo en la discordia, especialmente entre hermanos.

Una de las virtudes de que Dios mas se muestra servido en las divinas letras es la paz entre los hermanos, que aun los piés de los que salieron á predicar, que eran los apóstoles, con andar á pié por montes y riscos, le parecían al Profeta, viéndolos de léjos, hermosísimos, diciendo: Cuán hermosos son los piés de los que van á predicar la paz; ¿cuánto mas hermosa le parecería la misma paz? De muchas cosas que á este propósito pudieran aquí decirse (porque de ninguna tomamos mas de lo que con brevedad hace á nuestro propósito, dejando lo demás para otro tiempo y lugar), solo diré lo que brevemente dice David en un salmo, en que nos muestra cuán hermosa, cuán agradable y de cuán suave olor le parece á Dios y al mundo la paz entre los hermanos; y por otra parte, cuán provechosa y fértil de bienes temporales y espirituales. El salmo comienza así: Parad mientes y advertid cuán hermosa cosa, cuán útil y provechosa y cuán agradable es vivir los hermanos en una casa en paz y conformidad. Diréos yo que tanto, de la manera que aquel unguento que mandó Dios derramar sobre la cabeza de Aaron cuando le ataviaba Moisés con las ropas sacerdotales, que aquel preciosísimo y olorosísimo unguento descendía de la cabeza del sacerdote á su barba y vestiduras hasta las últimas cintas y remate dellas, que á Dios le parecía y oía tan bien, y derramaba tan gran suavidad y la comunicaba á cuantos le miraban; porque la paz y amor de Cristo, nuestra cabeza, se derrama y descende hasta el menor y al parecer mas olvidado miembro de su cuerpo místico y al mas delgado hilo de su vestidura, que por lo uno y por lo otro son significados los fieles, hijos de la Iglesia, de los cuales prometió á su Hijo el Padre eterno con juramento que de todas aquellas almas se vestiría como de una ropa rozagante; y que el amor y paz que el Señor nos comunica, y nos dejó tan encomendada con aquella blandura y suavidad, alcanza todos los lados y costuras de la ropa y la hace parecer hermosísima. Y luego añade al salmo el otro bien, que es el fruto, diciendo: Como el rocío de Hermon, que de su continua nieve envía al cielo muchos vapores, de que se congela el rocío que cae en otro monte mas bajo y mas vecino á la ciudad de Jerusalem, que es el monte de Sion, con el cual se hace fértil y de gran fecundidad y grosura de todo mantenimiento, así es la paz de los hermanos, que dellos sube al cielo, de donde nació, porque de acá no pudo nacer como la nieve de Hermon, y vuelve al suelo convertida en grandes y preciosos bienes espirituales y temporales; lo cual declara luego en el último verso, diciendo: Esto digo porque allí en aquella casa ó comunidad donde se halla y guarda esta paz, envía Dios su bendición (que es en la sagrada Escritura sus bienes y beneficios y su hartura de cosas de acá) y vida para siempre, que es lo que el refran dice: Con la paz crecen y medran las cosas pequeñas.

Este salmo se entiende, no solo de los hermanos carnales, sino tambien, y mucho mejor, de los hermanos

en Cristo, hijos suyos, engendrados por el bautismo en virtud de su sagrada pasión, y especialmente de los que por voto de religion se han encerrado á vivir juntos, profesando la hermandad en Jesucristo, olvidada, á lo menos pospuesta la natural, como lo declaran las reglas de los patriarcas Benito y Bernardo y san Agustin; el cual al principio de la suya dice que este es el blanco á que se enderezan las religiones, y el fin de haberse los religiosos juntado á vivir en congregacion y compañía, para que vivan en paz y conformidad de corazones, sin tener entre todos mas que un alma y una voluntad, á imitacion de los apóstoles y de los primeros cristianos que ellos criaron, de quien en el libro de sus hechos se escribe que entre todos no habia sino una alma y un corazon en Dios; pero tambien se entiende, y no menos principalmente, de los hermanos de un padre natural y una madre; los cuales con la paz y amor dan á entender la correspondencia de sus voluntades á lo que la naturaleza, que es Dios, puso en su inclinacion. De aquí nace que cuanta hermosura tiene esta paz delante de los ojos de Dios y de los hombres, tanto es mas fea y torpe en ellos la discordia de los mismos, y mas dañosa. Y así como los piés de los que salieron á predicar la paz entre los hombres le parecieron al espíritu del Profeta hermosos á maravilla, así al mismo espíritu le parece muy feo el que sale á sembrar discordia entre los hermanos; que, con haber contado Salomon seis pecados que Dios aborrece mucho, cuando llega al séptimo dice con encarecimiento que su alma lo abomina y le causa asco; que es el que siembra discordia entre los hermanos, y aunque lo pudo decir del principal autor que las siembra, que es el demonio, pero á sus ministros tambien abomina, por ser perniciosísimos sembradores de yerba tan mala y tan dañosa, tan fácil de nacer de menudísimas ocasiones, peligrosa y perjudicialísima, de donde saca el demonio tan gran caudal de pecados; porque todo lo que entre hermanos habia de ser ocasion de amor, convierte en ponzoña y en aborrecimiento; y con la ordinaria comunicacion y la vergüenza de haber de poner unos en otros las manos, y de ejecutar con venganza su enojo, reprime los ánimos del sacar ni poder manifestar su ira, y la memoria de la cuna en que fueron criados, y la del vientre mismo de donde salieron, y de otras cosas que á mas amor suelen incitar; esa mesma es la que pone fuego á todo el bien de paz, despertando y atizando los enojos; de manera que, cuanto mas conjuntos fueren, menos remedios tienen y mas rehusan la reconciliacion; de donde se sigue que no es maravilla que los tales vivan desconsoladísimos, y necesitados de que en este libro hallen alguna hoja en que se les ponga algun remedio ó consuelo.

Porque lo dicho se entienda y lo por decir venga á propósito, es necesario advertir que no se habla aquí de toda manera de hermanos; porque los que en Cristo lo somos por el bautismo, como cada uno vive en su casa y con su libertad, presuponemos no ser tan necesario el consuelo cuanto el consejo que se pongan bien con su hermano; ni hablamos solamente de los hermanos carnales, cuando son varones, porque la libertad de apartarse cada uno á su casa ó á otra ciudad ó provincia quita todo desconsuelo de la diferencia ó poca paz;

mas hablamos de dos hermanas que, necesitadas de la honra, viven juntas, y por ser de diferentes condiciones viven desavenidas y en perpetua discordia. Y así mismo de dos religiosos ó religiosas cuando estuviesen discordes, que de unas puertas y vida comun; á una casa, mesa, vida y conversacion, á todo lo corporal y espiritual, siendo las ocasiones con la continua comunicacion tan frecuentes, le tengo por un intolerable trabajo, cual personas que le padecen confiesan serlo; y el mal es que, oidas las partes, en cada una dellas se halla razon, y ninguna suele tenella; y así mismo se entiende de otras cualesquier personas que no pueden fácilmente apartarse ni tienen paz.

Pues ofreciéndose consolar á una destas que tenga deseo de paz, y darle remedio en tan grande trabajo, lo primero que le digo es que, pues siempre se halla en ambas partes alguna culpa, que quite la que es de su parte, aunque se sienta para hacelle dificultad, como san Pablo lo aconseja, diciendo: Hermanos, si fuere posible cuanto es de vuestra parte, tened con todos paz, que cuando uno no quiere, dos no barajan, aunque el otro no quiera tenella; como David decia de sí y en nombre de Jesucristo: Con aquellos que aborrecen la paz la tenia yo. Lo segundo, cuando esto no le conviniere, aplácale tú con beneficios y regalos, como hizo Jacob á su hermano, y usa con él de amorosas y blandas palabras, pues tienes seguro del Sabio que estas quebrantan los enojos, y del refran que las dádivas á las peñas; lo cual con gran ventaja parece ser verdad entre hermanos, los cuales fácilmente se persuaden cuando lo uno ó lo otro reciben, que salen del corazon, pues es el que lo da hermano; y si todavía fuere menester mas, usa del último remedio que es quitar la raíz del mal, que es el interés sobre que se pelea; que así hizo Abraham por cortar las discordias que se iban acasionando con su sobrino, y le dió lo mejor de la hacienda, y si fuera necesario, lo diera todo. Ni temas de la pérdida de tu derecho; que cuanto mas te pareciere que pierdes, tanto mas gloria ganas con Dios y con los hombres. Ninguna cosa quebranta mas la fuerza de la ira, invidia y soberbia, que el bien hacer libremente; solo eso tiene bueno el oro, que con él se aplaca la ira y riña de los hermanos. Así dijo el otro poeta que si del mundo deserrasen estas dos palabras mio y tuyo, con ellas se desterraria toda discordia y quedaria seguro el campo por la paz; lo cual tiene solo verdad en los que poseen el amor de Dios, que por no perdelle no quieren cosa propia en el mundo. Y si no es ella la raíz, suelta lo que fuere del corazon: si fuere honra, desta se pierde poca en reconciliarte con tu hermano y sufrir sus pesadumbres, y si su condicion es tan rebelde que todo eso no basta, ó por algun justo respeto no te conviene hacerlo, aquí entra la paciencia y sufrimiento nacido de la buena consideracion, que esta discordia, aunque es pesada, no es nueva; el mundo comenzó con ella, y Roma fué infame con Rómulo, su fundador, como nota san Leon papa, con muchas otras historias que el mundo ha visto, y apenas hay casa ni comunidad libre de este mal. No te espantes que en la tuya le haya, pues dentro de un vientre hubo esta pelea, y no solo discordia; no es mucho que entre los ya crecidos halles lo que se balló entre los

aun no nacidos. Y si de la paciencia que te digo quieres un buen ejemplo y altísima doctrina, de donde quedas juntamente enseñado y confuso, no te la daré menos que en el mismo Señor, del cual san Agustin se muestra en muchos lugares espantado, mayormente declarando un lugar del salmo que dice: Sin causa me escondieron la muerte detrás de un lazo; donde dice estas palabras: Como que siendo el Señor la mesma sabiduría infinita, un depósito de los tesoros de la sabiduría de Dios, que sabe todo lo que sabe el Padre, y lo que él no sabe tampoco el Padre lo sabe, porque todo es un ser, un entendimiento y un saber; y fuera deso, por otros caminos no hay nadie que se le esconda, pues es Dios y hombre y bienaventurado, y declarado juez de los vivos y de los muertos, para lo cual ha menester saber cuanto se piensa, dice y hace en el mundo. Pues siendo esto así, pregunta san Agustin, ¿cómo le pudieron sus enemigos echar dado falso, y tenderle la red cubierta, que él no la viese? Y responde él mismo que sí la vió, sino que hizo del ignorante para nuestra doctrina. Lo mismo podemos preguntar con espanto, como el mismo san Agustin tácitamente pregunta, pues lo responde como con tanta sabiduría; y habiendo sobre esta añadido toda una noche de oracion devotísima, para que la eleccion de los doce apóstoles saliese acertada, aunque no tenia necesidad de hacerla y tan larga, al fin vino á escoger tal apóstol como Júdas, sabiendo su mal corazon, y que aun antes de venderle habia de ser malo, pues les dijo por él que uno de ellos era diablo; pudiendo desde luego escoger á san Matías, que, como parece en el libro de los *Actos*, se halló entre los discípulos á la eleccion; pues dice san Pedro que de de los que habian andado con Cristo desde el principio, convenia escoger uno para apóstol, y al fin fue electo san Matías. Y responde el santo doctor á esta pregunta como á la primera; y la mesma respuesta da san Ambrosio sobre san Lucas, dando tres razones, las cuales todas diré, por ser el negocio grave: la primera, porque quedase autorizada y acreditada la verdad de la doctrina; la segunda, por encarecernos y hacernos cargo de su amor que nos tuvo, y darnos á entender cuán grande era. Dícelo san Ambrosio por estas palabras: Cuánta es la verdad, la cual no desacredita ni basta á desacreditar un perverso ministro, y cuánta la bondad y caridad del Señor, que quiso que antes peligrase cerca de nosotros el crédito de su juicio y eleccion que no el de su caridad. Suele ser este santo el contraste de los pensamientos de Dios; y como dando razon del casamiento de su madre dice que quiso antes que se dudase de su nacimiento que de su honra della. Así aquí quiso mas que dudásemos antes de la acertada eleccion de sus apóstoles que del afecto y deseo con que nos amó; el cual declaró en querer ser vendido de uno de sus mas familiares, de quien dice san Cipriano que era uno de los convidados y amigos de Cristo, lo cual parece en ser de los de su mesa y haber oido el nombre de amigos en la prison. Pues viniendo al propósito que vamos hablando, la tercera razon destes santos es por dejarnos ejemplo, sabiendo que habiamos de vivir entre malos y enemigos, no solo en el mundo, sino dentro de nuestras mismas puertas, de sufrillos por su nombre, como por nuestro

provecho él sufrió dentro de las suyas á Júdas traidor y malo y enemigo suyo, escogiendo él este trabajo de su voluntad. La misma razon da san Agustín; pero añade en otra parte este santo doctor para confirmacion della, que teniendo el Señor respeto á esto, y sabiendo quién Júdas era, todas las veces que de todos los apóstoles decia bien, en lugar de Júdas en su santo pensamiento ponía san Matía. Pues con este ejemplo podrás pasar tu cruz por el Señor, poniendo los ojos y el pensamiento en el mismo y en lo que hizo y padeció por tí, perdonando los yerros ó agravios de tu hermano al mismo Señor, poniéndole en su lugar, pues quiso hacerse cargado dellos, y esperando de su mano mejor remedio, pues él por tí, de su voluntad, para este fin de tu erudicion y doctrina eligió á su enemigo para su compañero y apóstol, teniendo presente su mala vida y paradero, y le veía arder en el infierno por le haber vendido; y juntamente tenía presente á san Matía, que al cabo habia de venir á ser apóstol en su lugar; que es pensamiento que tiene gran fuerza para hacer sufrir cualquier pesadumbre al que vive con desabrida compañía. Bien creo que serán raras veces las que llegue á estos méritos la discordia de que vamos hablando, donde hay tantas raíces de amor; porque las mas veces es cosa muy menuda aquella en que se topa, y así fácil de quitar de por medio para que el amor corra su carrera; lo cual se ve cuando alguna persona, deudo ó amigo, entra de por medio, que descubre y apaga la causa de la discordia, la cual suele tener mas breve y mas gustoso fin cuando sin tercería de nadie las mismas partes se componen, y mucho mas dulce y provechoso cuando el Señor y sus amores, el tercero, ahogando cada una de las partes en su amor las razones que le parece tener de enfado ó pesadumbre, y ganando á porfía con su divina majestad el mérito de la reconciliacion y la gloria con la parte contraria, y acordándose que por este tan suave y breve camino salen de una vida tan desastrada, y la truecan por aquella que David tenía por tan dulce y suave cuando decia lo que al principio deste discurso deciamos del salmo. ¡Oh cuán provechoso y agradable es morar los hermanos en uno!

DISCURSO III.

Del consuelo para los trabajos del hijo avieso ó la mujer de áspera condicion.

La materia deste discurso es muy parecida á la del pasado, aunque mas grave y de mas trabajo, por ser el hijo y la mujer cosas que no se pueden fácilmente echar de casa; carga pesadísima cuando es carga, y que no se puede echar de á cuestras. Dos enemigos en una casa, ambos mandones, ambos á una mesa, cama y conversacion, que cuanto mas se ven y tratan, mas crece y se afiza la enemistad. En el arca de Noé todo estaba junto, pero olvidada la diferencia de condiciones, porque se conservasen. En las otras comunidades con apartarse y poner tierra en medio se remedian las discordias, que en el monasterio ó se muda del oficio el prior ó el súbdito de la casa; mil ocasiones hay de apartarse, pero aquí no se halla ninguna; no hay trabajo con quien este se compare sino con la guerra perpetua de la carne y espíritu, por la cual deseaba el Apóstol verse libre deste cuerpo mortal; porque, habiendo de ser la mujer sujeta

al marido por voluntad y sentencia del mismo Dios, y habiéndola en significacion desto criado de la costilla, y no de hueso derecho, sino acorvado, como algunos doctores notan, para dar á entender su perpetua sujecion; y siendo el marido la cabeza de la mujer, como Cristo de la Iglesia, como san Pablo dice (lo cual reconoció Sara cuando dice á su marido: No solo señor, sino mi señor), es triste cosa para el marido que la mujer quiera ser cabeza en su casa, y tiénelo por caso afrentoso y deshonorado, y por el consiguiente intolerable, que en ella ninguna cosa lo es, por tener á mano el remedio, que es cumplir con la obligacion que Dios le puso de ser sujeta á su marido. Pues si por desastre caen celos en su casa, no puede la vida compararse á menos que infierno sin diablos, ó con otros peores que ellos. Pues la mujer de Job ¿á qué ocasion convidaba á su marido á que blasfemase? Y la de Tobías, por solo que dijo el santo viejo que mirasen que el cabrito que allí oía balar no fuese hurtado, ¿qué gruñó ella? Qué murmuró? Y no de pecados del marido ni de otras faltas, sino de la santidad del viejo santo y de la cuenta ordinaria con la honra de Dios y de la caridad con el prójimo.

Lo mismo casi corre del hijo que sale avieso y desobediente, que no deja un punto de contento ni sosiego á su padre, de dia ni de noche, en casa ni fuera de ella, tocando mil veces en la honra y otras mil en la hacienda, desasosegando las venerables canas de quien le engendró, y alborotando con continuos sobresaltos á su madre, inquietando la paz de los de casa y la de sus conciencias; aunque en este caso se halla algun remedio, pero no todas veces seguro, para la consciencia del padre.

El primer camino para buscar aquí el consuelo, es averiguar el padre ó marido con su consciencia, si de tales desórdenes se siente culpado, lo cual puede ser en una de tres maneras: ó porque, siendo él mozo en casa de su padre, le fué desobediente, porque esta desobediencia suele castigar Dios con la de sus hijos, y aun con la mala condicion de la mujer, como acaeció á Jacob, que porque quiso con su padre ciego usar de aquel misterioso engaño, trocándose por su hermano, le trocaron á él la mujer Lia por Raquel sin que lo entendiese; y en esotro caso arrastrando un hijo un dia á su padre, le llevó hasta el pié de una escalera, y allí le dijo el padre: Basta, hijo, basta, que hasta aquí truje yo arrastrando un dia á tu abuelo. La segunda manera de culpa es haber criado mal á su hijo cuando muchacho, y consentido á su mujer á los principios de su casamiento con libertad; lo cual suele muy ordinariamente acaecer con la poca prudencia y menos experiencia de los mozos, que, no mirando á lo porvenir, dejan tomar mas licencia á las mujeres mozas, pareciéndoles, á fin de salir con sus invenciones de sensualidad, que siempre y en todos tiempos han de suceder todas las cosas de una suerte y sin mudanza. Dejo aparte el haber buscado la mujer para solo su apetito, sin consultar á Dios, que, como el Sabio dice, en los casamientos los padres son los que dan la hacienda, pero la buena mujer solo Dios la da. La tercera manera de tener la culpa es por el mal ejemplo con que él vive y el que da á su mujer y hijos, por donde generalmente ellos vienen á

ser insufribles, y Dios para su castigo lo permite, para que ellos mismos sean verdugos de quien los hace vivir mal; lo cual, aunque todos los padres y maridos sentirían, pero mucho mas el malo, porque añade á la obligacion y naturaleza de padre la condicion de pecador, que es no querer compañero en sus pecados, sino ser solo él pecador.

Así que, examine el que semejante trabajo padece su alma, y vea si en alguna destas tres cosas es culpado, y por aquí hallará quizá de donde tener paciencia de su sentimiento ó remedio de la ocasion del; porque si fuere lo primero, que es haber sido él mal hijo de su padre, sirve la pena deste pecado, para que si es castigo de Dios que esto padezca de su hijo, con la pena se aplacará su rigurosa mano, y por otra parte se amansará el furor de su propia impaciencia, acordándose que él fué ocasion de otra tal á su padre. Si fuere lo segundo, téngalo por certísimo que por aquí le vino este trabajo, y que es justo juicio de Dios; porque es una cosa tan encomendada de Dios la buena crianza de los hijos, que en solo eso quiere el *Eclesiástico* que se conozca quién es un hombre, cuando dice: Antes que venga la muerte y crezcan los hijos no alabes ni canonicas á nadie, porque el toque en que se prueba su virtud cuál haya sido, en la de los hijos se ha de mirar y conocer; y esta es la razon que, queriendo el Espíritu Santo alabar al santo Job en el principio de su libro, y teniendo aquel santo varon tantas virtudes para ser alabado (como parece por los capítulos postreros, donde él prueba su inocencia con testimonio del mismo Espíritu de Dios, que en todo decia verdad, y no pecaba en decirlo), no echa mano el Espíritu Santo de otra virtud que del cuidado con que criaba sus hijos, no solo cuanto al sustento del cuerpo, aunque esto está tambien encomendado, sino cuanto á la virtud del alma y piedad y religion con Dios, no solo cuanto á las palabras y obras, sino tambien los pensamientos; pues por solo que en ellos no ofendiesen á su Dios ni blasfemasen ni murmurasen, entre tanto que los hijos andaban festeando unos en casa de otros, andaba él con gran devocion de altar en altar para este fin, ofreciendo á Dios cada mañana sacrificios, pues lo que él en ellos pretendia habia de venir de su santa mano. Y esto mismo hizo Mambre después que el ángel de Dios le habia venido á decir que habia de tener un hijo que se llamase Sanson, se puso el santo hombre en oracion y dijo: Señor, suplicoos que aquel varon de Dios que me enviastes, le volvais á enviar otra vez, para que nos enseñe qué ha de ser de aquel niño que ha de nacer (para saber cómo le habian de criar á la voluntad del Señor); y cumplió el Señor el deseo de su oracion, y venido otra vez el ángel, le dijo, preguntándole: Cuando se cumpliere la palabra que nos distes, ¿qué quereis que se haga del niño, ó de qué se ha de guardar? No le preguntaron estos siervos de Dios cómo le regalarían ni con qué galas le ataviarían, á qué le encaminarían, si á la corte, si á la guerra; qué mayorazgo le comprarían, qué hija de señor le buscarían para su casamiento, desde cuándo le ceñirían espada y le pondrían á caballo, siendo hijo que tanto habian deseado. Y á esta traza comenzaban, mediaban y acababan la crianza de los suyos todos los demás siervos de

Dios; solo les enseñaban á hacer la voluntad del cielo, y no la suya, bajalles la cerviz y mortificarles las malas inclinaciones; porque esta es la voluntad de Dios, que les encomendó su crianza. No des, dice el Sabio, á tu hijo licencias ni libertad en su juventud, bájale la cerviz en la mocedad, muétele las costillas mientras es niño; porque quizá cuando se endurezca no te estimará ni te creará, lo cual te será gran dolor y trabajo de tu ánima. Y no parezca mucho rigor el del Sabio (aunque no haya tantas culpas que lo merezcan), que nunca será este cuidado demasiado; porque, por mas que crezca la disciplina y correccion, y mas ordinaria sea, mucho mas crece la mala inclinacion que con ella se reprime; porque, así como cuando una olla se pone á cocer echan mas agua que la que ha de quedar, y aun sobre eso van añadiendo la que al principio no cabia toda junta, y la causa es porque el fuego gasta mucha agua; y así, para que no se consuma lo que se echa á cocer es menester echar desde el principio mucha, y añadir mucha y muchas veces; así ha de ser la correccion, el aviso y el castigo del hijo mozo, que al principio ha de ser mucho y andar siempre añadiendo mucho, porque el fuego de las malas inclinaciones gasta mucho, para que siquiera venga á quedar después en una medianía. Si los padres criasen á los hijos con este cuidado, libres vivirían después de semejantes trabajos como agora padecen; pero criándolos tan regalados, tan libres y tan sobre sí, no se puede esperar menos que lo que agora tienen. Desde niños comienzan á hacer su voluntad, sea lo que fuere; ni les reprimen lo malo ni les enseñan lo bueno, siguiendo siempre las inclinaciones que sacaron de su primero padre: la golosina, las iras, las envidias y otras semejantes; las cuales, como no tienen uso de razon dentro de sí, ni padres fuera de sí que las repriman, van cada dia cobrando nuevas fuerzas con la costumbre sin contradiccion. El mal que hace es contado mil veces y alabado, la palabra deshonesta reida y repetida, la torpeza y deshonestidad favorecida, y confortadas todas las demás raíces del mal; pues ¿de qué te espantas después que los ramos y frutas salgan tales para tu tormento? Mayormente que (como antiguamente dió Dios á entender, cuando mandaba que le ofreciesen los hijos, y con todo eso se los volvian los padres á sus casas), los hijos son de Dios, como allí da por razon, y dados á los padres como á ayos y maestros, para que los crien para Dios y como cosa suya; pues ¿cómo quieres que no se enoje Dios y te pida cuenta de tu hijo, y para mas castigo haga del mismo un verdugo para atormentarte?

Pues si deste género fué tu pecado, sirve esta doctrina, no tanto para sacar consuelo ó remedio, cuanto para avisar á los que van criando sus hijos, y así los que están por criar, porque para los mal criados y dotrinados el remedio es redimir, después de hacer dello penitencia, lo que antes se hizo mal, volviendo la hoja y emendar lo mal acostumbrado por todas vias; y lo mismo en la mujer, y regalándolos, pero en el camino de toda gravedad, virtud y cristiandad, porque por este te hallarás, no solo consolado, sino remediado. Pero si la culpa fuere de la tercera manera, que tu mala vida presente sea el dechado de donde ellos aprenden, es una cosa que á Dios enoja mucho; porque, así como el que